

Rosas según Trías

Pocos pudieron, como lo hace Trías, confeccionar tan sabiamente un libro que registre tanto y con tanta adecuación las informaciones indispensables para caracterizar un personaje y una época. Debió para ello recabar una reveladora profusión de datos, no sólo relativos a la región platense y del Brasil, sino también de las potencias europeas, Inglaterra en primerísimo lugar. Se valió Trías de una calificada bibliografía y de datos provenientes de muy variadas fuentes, virtud notable dada la situación en que debió realizar este trabajo, prisionero de la Armada durante casi toda su confección, aunque se le permitiera la introducción de los libros que solicitara.

La situación económica y política rioplatense aparece íntimamente relacionada, no sólo con la de nuestro país, sino también con la del imperio brasileño y muy en especial con la gravitante influencia de una Inglaterra en pleno apogeo de su industria y de sus crecientes tendencias capitalistas. Incluso Francia, y eventualmente Paraguay y otros países, aparecen aludidos detalladamente en cuanto estaban relacionados con el gobierno de Rosas y con toda la región. Se trata en ese sentido de una historia ejemplar y particularmente instructiva, confesando el propio autor haber consultado obras de las más diversas posiciones, entre ellas las antirrosistas, tan abundantes durante tanto tiempo.

De muy particular interés y ocupando el centro de la preocupación del autor, son las repercusiones oportunamente intercaladas de la gestión de Artigas, cuya cabal concepción de la Patria Grande ocupa así un espacio preferencial, poniéndose especial énfasis en las cuatro etapas con que Petit Muñoz reseñara tan lúcidamente, en documentada exégesis, la creación de un Estado Federal. República, Federación e Independencia son en consecuencia destacados por Trías como los tres principios básicos, nunca relegados.

La personalidad de Rosas, vista desde ese ángulo, admite ciertamente una ponderación que el autor no le escatima como propulsor de una asociación federal que abarcaba una extensa región americana. Pero su depurado sentido crítico le impide postular una antítesis parcializada del antirrosismo que tan abundantes diatribas prodigara durante largo tiempo. Y es así que Trías se esfuerza por exponer los dos aspectos que, a veces oponiéndose y otras veces concertándose, caracterizaron a Rosas en su extensa actuación: el aspecto favorable, que tuvo también sus irrefrenables panegiristas, y el aspecto negativo, sobre el cual se pronuncia con sensatas reticencias.

Esas dos actitudes opuestas que se señalan en Rosas son las del populista por un lado, y la del oligarquista por el otro. Lejos de apresurar un dictamen, Trías procede en su estudio a través de una muy documentada revisión de cuanto hizo Rosas y de las cruciales circunstancias en que debió actuar.

En esa doble interpretación procura ilustrar de qué manera se preocupó Rosas de practicar su inequívoca e irrenunciable solidaridad con los terratenientes, sin por ello contrariar sus propósitos expresos de alentar y proteger a las clases sociales más modestas. Las soluciones que propiciaba tenían así un carácter mixto, tratan-

do de mejorar el estatuto de las clases populares, pero sin dejar de recurrir a procedimientos autoritarios a fin de aquietar las provincias y tranquilizar a sus colegas saladeristas así como a los comerciantes vinculados con ellos. Como protector de la independencia nacional y decidido antiimperialista, defendía tanto los intereses de los terratenientes como, indirectamente, los de la clase popular. Su autoritarismo lo explica Trías como una necesidad de asegurar la hegemonía estabilizadora de los latifundistas preservando sus privilegios económicos, de los cuales Rosas era natural copartícipe. Pero ese aspecto negativo estaba compensado por la intención populista con que estableció el sufragio universal y al aceptar que todos los pobladores tuvieran armas en sus casas. Su tendencia autoritaria puede explicarse además por sus extraordinarias "calidades carismáticas", e incluso el terror establecido tendría su justificación como "arma de guerra" necesaria "para eliminar los enemigos de adentro". Al fin de cuentas —observa Trías, pródigo en condescendencias—, en esos años todos, quien más quien menos, practicaban "las más horribles impiedades"...

A través de tantas peripecias como las reseñadas, se advierte la preocupación de Trías por reconciliar los aspectos positivos con los negativos. No deja sin embargo de reconocer que Rosas no llegó a cumplir sus propósitos de nacionalismo popular que se insinuaran a través de varias medidas, y así es que llegó a reclutar para cargos superiores a algunos representantes máximos del antiartiguismo, tales como, entre otros, Alvear y Sarratea. Y hecho significativo fue además la rebelión de Urquiza, repitiendo la concretada por Artigas contra el patriado hegemonico del cual era Rosas el representante decisivo. Bien puede entonces Trías reconocer que si Rosas hubiera atendido más cumplidamente al nacionalismo popular, no se habría producido su derrota. Y buena culpa le cabe, según apuntara Stewart Vargas, al imponer una política que sumiera al Uruguay en la anarquía. Señala Trías además su actitud negativa para con las provincias argentinas, a las cuales en veinte años no les concedió ni el uno por ciento de las rentas públicas, destinadas en su casi totalidad a Buenos Aires, en cuya ciudad estaban radicadas las nueve décimas partes de los capitales disponibles en el país.

Virtud notable de este libro es que de ese modo distribuye equitativamente argumentos, tanto para quienes ensalzan como a quienes vilipendian al dictador porteño. En tal tesitura, reconoce en efecto que el tema abordado es "grávido de dudas y puntos en litigio", y es por tanto con serias prevenciones que puede enaltecerse a Rosas como un defensor de la "Patria Grande". Trabajó efectivamente mucho más para él y para su clase desde su juventud, durante la cual acopió una fabulosa fortuna, como para que su gestión pueda compararse con la de Artigas. Artigas sabía bien por qué había que rechazar la primacía de Buenos Aires. Y Rosas sabía bien, en cambio, por qué la aceptaba y promovía.

Washington Lockhart